Vivir en Marbella

en los años 70



Antonio D. Olano

Vision Libros

ANTONIO D. OLANO

VIVIR EN MARBELLA

Vision Libros

Vivir en Marbella
© Antonio D. Olano
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-534-9
Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marian González, reflejandoelazul@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones
C/ Magnolias 35 Bis, Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright

Dedicatoria:

A mi paisano y amigo Manuel Fraga Iribarne que, en su primera etapa de gobierno, consiguió que sobre la piel de millones de turistas extranieros no se pusiese el sol de España. Con enorme fe en que, como era en un principio, logre que vuelva el prestigio español a donde solía.

El autor.

I. LOS ENCUENTROS

LA (IMPRESCINDIBLE) AGUJA DE MAREAR

A) LA (IMPRESCINDIBLE) AGUJA DE MAREAR

«Así, conozco que es pecado,
ocasión de pecar lo que te pido...»

Luis Cernuda.

Y, ocasión de pecar es lo que nos exigimos, lo que esperamos, cada vez que comenzamos a disfrutar de las vacaciones, espejismo, falso ensayo general para la civilización del ocio. Existe, es evidente, una prisa del ocio. «No he venido aquí a perder el tiempo.» Es cuando, sin proponérnoslo, huyendo del trabajo, nos encadenamos a obligaciones no impuestas. Las más virtuosas gentes buscan una oportunidad de caer en el vicio, esa cosa que, no saliéndose de lo normal, no es corriente en sus vidas. Y esas virtudes helénicas, que no son otras que los pecados bíblicos —«todo es según el color...»— es lo que el pillín veraneante o el avieso turista va a buscar a la Costa del Sol. No podemos aceptar que lo que allí busca es el descanso, sino el llenarse de ocupaciones, el crearse obligaciones y, según el lugar elegido, a practicar ese pecado o virtud, según se vea, que es el «snobismo». Porque, al que viaja hacia Marbella, al que quiera vivir en «la ciudad de Marbella, en la Costa del Mediterráneo Iberio, cercada de muros y torres con un castillo antiguo...» (que escribiera Luis de Mármol Carvajal), ha de procurar que, en cuanto abra la boca, le salga un conde y una marquesa con las primeras frases. Si a las maletas les falta, siempre, un es-

pacio para que quepa esa ropa que nunca cabe y que consideramos como imprescindible, a usted, viajero costero, debe entrarle, con perdón, el «smoking», las camisas de las más finas sedas, el kaftan, collares, joyas y pieles, que impacten —que ahora se dice— al personal.

Trátase de vivir, aunque sea en calidad de tránsfuga, en Marbella. Que no es fácil cosa. Ni difícil cosa. Uno le dedicó muchos veranos de su vida y no sabría contestar afirmativamente si alguien me preguntase si sé manejar «la aguja de marear» de estos pagos. Pero sí me permito aconsejarle que, antes de tomar la sublime decisión de dirigirse a los mares —¡oh, qué mar tan bella!, exclamaría Isabel I— del sur, mida bien sus posibilidades. Marbella no es una ciudad abierta. Trataré de explicarme, para que nadie tome el rábano por las hojas, luego le resulte picante y me eche la culpa a mí, que bastantes responsabilidades lleva uno como carga en sus espaldas, cada vez más anchas, que todo hay que decirlo.

Si usted, que es muy dueño, elige Torremolinos, yo sería capaz de garantizarle un ir y venir constante, unas oportunidades de pellizqueo más que normales. Y unas posibilidades de establecer inmediato conocimiento con el turista o el indígena que le rodea. Basta un intercambio de miradas, pedir u ofrecer fuego, aceptar un cigarrillo, invitar o dejarse invitar... Y si a usted le falla la persona que, en aquellos momentos le apetecía, recuerde que «muchos peces tiene el mar» y en estas aguas, sin necesidad de hacer pesca submarina, pueden encontrarse ricas, apetitosas preseas. Que sí, que se lo digo yo, que siempre hay un roto para un descosido.

¿Marbella? Punto y aparte. Se ha ido democratizando, que buena es ella para no seguir las corrientes del post-franquismo. De todas maneras, su encanto, el «pathos» que todavía encierra, está en su misterio. Como ésta no es una guía de la ciudad, que uno ya la ha hecho en su «Guía secreta de la Costa del Sol», que voy y les recomiendo, uno puede adentrarles en los diversos modos y maneras de vivir en Marbella. Que en modo alguno quiere decir que se deba o se pueda vivir así en Marbella. Si uno hace de cicerone, escribe o muestra la cara exterior de las grandes residencias y luego uno es incapaz de llevar a sus pupilos —¡pobres chiquillos!— a los lugares que describe, lo que hace uno es una cabronada como la copa de un pino. ¿No les parece? Con la explicación de una o varias maneras de vivir, todo cambia. Les transportamos, a la sillita de la reina, a mansiones e intimidades a las que, de otra manera, les sería difícil llegar. Desvelamos, como las revistas del corazón, confidencias, pellizqueos, riquezas y pompas ajenas, que hacen feliz como enanos en primavera no sólo a quienes las viven, sino a los que reciben noticias de ellas.

No es fácil descubrir Marbella y hasta les diríamos —y no nos privamos y vamos y se lo decimos— que se precisan muchos años para entrar en aquel ambiente. Es como una «isla particular», como un «club privado» británico, al que no se puede penetrar si no se es socio o si no se es presentado por un socio. Para gozar de las bellezas naturales de Marbella, para perderse en su centro —uno de los pueblos más bellos de España, pese a la subcultura del «souvenir» que todo lo invade— no es necesario nada más que plantarse

allí mismo. Ahora bien, sé —¡y no me lo nieguen!— que el que va a Marbella espera un poco más. Verbigracia, codearse —aunque no sea más que tropezando con ellos por la calle— con las celebridades que allí veranean. Quien va a Marbella por vez primera, piensa y no sin razón que va a vivir un «Hola», sólo que con personajes de carne y hueso. Que basta sentarse en una de las terrazas del paseo, para reconocer a los príncipes de Liechtenstein, a Sean Connery, a Astrid Szavoszt, a los duques de Sueca o, más modesta y popularmente, a la mismísima Lola Flores, vecina marbellí desde hace la tira de años.

Y estos encuentros a veces ocurren. Porque la gente, aunque por las noches se ponga sus mejores galas para las constantes fiestas que allí se celebran, se democratiza un huevo (o dos) cuando toma vacaciones. Por otra parte, los cazadores de autógrafos, los reporteros que buscan la exclusiva, son cada día menos, porque con los famosos nos ocurre a los que pregonamos famas lo que al monaguillo con los santos: que a fuerza de limpiarles el polvo, de tenerlos al alcance de nuestras manos, nos damos cuenta de que son de palo o de carne, con todas las debilidades de la carne, como los demás mortales.

Lo bueno, anótelo quien me lee, es conocer a alguno de los v. i. p.'s del verano, de la Semana Santa, de los «puentes» o de la permanencia, para que le presenten al personal. Una vez que se ha conseguido traspasar «el telón de vanidades», hay que ser una verdadera acémila para no ser eslabón en la cadena de invitaciones. Es necesario, como en el boxeo, tantear a los contrarios, en el ring de esta feria de vanidades. Asentir con «una inteli-

gente sonrisa». Decir que sí o que no, según quieran que digamos que sí o que no nuestros contertulios. «¿Conoces a...?» (el usted está prácticamente desterrado). Hay que responder afirmativamente, con entusiasmo. Y si se teme ser descubierto, porque uno jamás ha visto a los Larisch y pueden aparecer de un momento a otro, basta con asentir con la cabeza, con una sonrisa de comprensión y complicidad con el que nos habla.

De ahí que Marbella haya sido terreno propicio para los más variopintos aventureros. Salvo que cometan muchas imprudencias, tardan mucho tiempo en ser descubiertos. A los ambientes más aristocráticos, cuernicráticos o banquicráticos de la ciudad, se entra por tres vías, a saber:

1.ª Vía de los méritos, títulos, dineros y conocimientos propios.

2.ª Vía de las presentaciones y, después, de la cara que uno le eche al asunto, para comenzar una carrera sobre la cucaña, procurando no pegar el resbalón y dar con la retambufa en el duro suelo.

3.ª Vía venérea. Esta es una de las más seguras si se quiere hacer carrera. Las amantes y los amantes (y no indague ahora de qué tipo) cuando permanecen al lado del amado o amada famoso o famosa durante más de dos meses, ya «entran en sociedad» y forman parte de ella. Se les acepta, se les invita y hasta se procura hacer, con ellos, el «salto» al amigo o a la amiga que los presentó. La heterosexualidad, la bisexualidad y la homosexualidad, son aceptadas en la más civilizada normalidad y hasta complacencia. No importa demasiado que los matrimonios sean eso que se ha dado en llamar legítimos. La legitimidad se alcanza al permanecer al lado

de una determinada persona. Los y las amantes se hacen famosos, toman carta de naturaleza y, tiempo después, se integran a la sociedad, se organizan o establecen por su cuenta. La historia de chulerías varias y entretenimientos diversos se olvida pronto. Por otra parte, entre las «élites» marbellíes, no es infrecuente la infidelidad matrimonial, la aceptación —sin pedirse ni darse explicaciones— de las amigas o los amigos de maridos y mujeres. Es muy aconsejable, en consecuencia, no preguntar demasiado. El averiguar las cosas vendrá por añadidura y debemos dar tiempo al tiempo. Y, volviendo a la «amantocracia», hailos y hailas que hicieron verdaderas fortunas, que se establecieron con restaurantes, tiendas de modas, galerías de arte, boutiques, y que, insisto —ustedes perdonen—, están perfectamente ambientados y encajados en el contexto de la ciudad. No hay, pues, por qué sacar a relucir esa palabra de controvertidos, que tan de moda se ha puesto en los periódicos politizados de estos tiempos.

A todos estos consejos —créanme que les resultarán útiles— no estaría mal añadir la condición de políglotas, que a lo mejor alguno de ustedes «eslo». Si no es así, ¡paciencia! Porque, consuélense, en algunos lugares de Marbella también se habla en español.

—oOo—

Siento que, para explicar en un libriño lo que es «Vivir en Marbella», tenga que seguir la normativa de la literatura farmacológica que, no contenta con que sigamos el tratamiento, nos muestra toda clase de instrucciones, indicaciones, contraindicaciones y nos

da consejos, antes de que hagamos uso de la pócima. Ocurre como con algunos aparatos de la sociedad de consumo que, antes de usarse, deben conocerse por medio de esas siempre confusas «instrucciones útiles». El autor desea que no sólo disfruten con estas páginas, sino que las pongan en la práctica. Vamos, es como la promesa de que se enseña inglés en quince lecciones. En realidad, no se pueden considerar como fraudulentas esas promesas, porque algunas palabras sí que se aprenden. Y es muy interesante no confundir una carne con un pescado ni un huevo a la plancha con una sopa. Hay que evitar solicitar, en un restaurante, varios sopicaldos. De la misma manera que debemos procurar, en una ciudad que nos es desconocida, no dar vueltas por la misma calle sin poder salir de sus aledaños.

Mas, he de ser insistente como el muchacho que pedía la petaca al cura. Por lo tanto, una vez más, quede constancia de que este autor no ha jurado, al plantearse el libro, fidelidades a las normas de una guía turística ni de una pieza literaria. Ha de zascandilear por todos los pagos. No me vengan después a protestar porque el matrimonio Coca, pese a llevar el libro en sus manos, no les abrió la puerta de su casa. Porque esas mansiones de los poderosos, de los populares, todavía no forman parte —cosa que les ocurre ya a los castillos privados ingleses— del «tour» turístico que se ofrece cada día. Sucede lo mismo que en las colinas de Los Angeles. Nos podemos acercar, que dueños somos de la calle, a las fachadas de las residencias de nuestras «estrellas» favoritas. Pero, de ahí a que Charo Baeza nos invite a tomar el té, dista un abismo.

No siempre alcanzamos todo lo que deseamos. ¿No les parece? Rafael de Montesinos, un poeta del Sur como la copa de un pino —copa que sea poeta, claro— dice en uno de los versos de «La verdad y otras dudas»:

«Y Dios entre nosotros,
prohibiendo hasta el deseo...»

Bueno, pues si es Dios quien lo prohíbe, ¿qué no haremos los hombres, que al parecer estamos hechos a su imagen y semejanza? Pero no se desanimen, no sean pesimistas. El autor, como una buena madre, como un hada madrina, les invita a ser tocados por la varita mágica de las letras impresas. ¿Ya son felices como conejos? Hacen pero que muy requetebién, porque los pases magnéticos ya están surtiendo su efecto. El «ábrete Sésamo» es una realidad. Y muchos candados han de poner en sus puertas los príncipes Bismarck para evitar que yo —¡y no lo conseguirán!—, haga de «Diablo cojuelo» de todos ustedes y levante los tejados de las más ricas, las más pobres, las más notables mansiones. ¡Sea!



MARBELLA: MUNDO Y APARTE

B) MARBELLA: MUNDO Y APARTE

I

Marbella es un lujo de España. Marbella es un mundo y aparte. Y, dentro de las subdivisiones que les podemos presentar de Marbella, ésta es la que refleja el ambiente, el cliché que se ha querido dar al mundo. Y que se está consiguiendo. Felizmente. Sé que es el capítulo más delicado porque, o cae uno en la demagogia o sucumbe uno víctima de la demagogia. Es terriblemente difícil mantener el equilibrio de la balanza. Sobre todo en una profesión, la de escribir, en la que lo que resulta bueno para unos, no lo es tanto para otros. El que no sólo elogia, sino que estimula a una línea valiente al que escribe, es el primero en echar las patas por alto cuando es él el receptáculo de las críticas adversas. Los gobernantes de todos los países piden críticas constructivas. Y uno ha llegado a pensar que, por constructivas, entienden críticas de las empresas constructoras. O, que tal significado es, para ellos, el de crítica positiva a su favor y en contra de sus oponentes. Me he resignado ya y, a la hora de expresar una opinión, no pienso en los que se han de molestar. «Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio.» Incluso entre los de este «oficio de tinieblas» —escribir— dudamos de las intenciones del colega. Un gran escritor sevillano,